

# Reporteros, para qué

## FELIPE GÁLVEZ CANCINO

**E**n 1969, a la vista de las imágenes de televisión que el satélite nos traía del primer descenso del hombre en la Luna, el editor de una revista gráfica de fama mundial escribió que su publicación había dejado de tener sentido.

El argumento central de su dicho era: La televisión acompañó a los primeros hombres que han pisado suelo lunar, y las cámaras de los fotógrafos de Life no pudieron estar ahí, así que hemos perdido razón de ser.

Algo así ocurre, si no es que ya ocurrió, con el ideal sobre lo que son y deben ser los reporteros. O al menos ése es el gran riesgo que se cierne sobre el quehacer de los grandes cazadores y redactores de pequeñas historias cotidianas para ensanchar la gran Historia.

Particularmente entre aquellos que se niegan a arriar banderas frente a los avances de una tecnología avasallante y en constante mutación en manos de redactores de menor rango, inexpertos o improvisados. Y en poder del dinero, que no necesariamente de la inteligencia al servicio de las grandes causas.

Se hace todo lo posible por dar por extintos a los reporteros de casta, aquellos que ante nada ni nadie se allanan, pues están concientes de que es más lo que falta de contar que lo que es fácil de advertir merced a la parcial mirada de unos medios que calan poco en los hechos que captan y difunden.

Las grandes publicaciones, o al menos un número creciente de diarios están hoy bajo el control de negociantes de la información. A las órdenes de hombres que, por lo general, desconocen el oficio de perseguir y narrar acontecimientos, pero dueños de un aguzado olfato para privilegiar la rentabilidad de la venta de espacios por encima de la noticia. Y ha sido olvidada de la ventaja de contar con reporteros de casta.

Detrás de todo esto está una causa mayor. Los públicos que pueden demandar mejores contenidos son algo por crear. Y la limitación no es de ahora, sino de tiempo atrás. Nuestra gente no

lee porque desconoce el alfabeto y no se hace del alfabeto porque no tiene qué leer.

Para nadie es un secreto que en ochenta de los cien años del siglo diecinueve los diarios mexicanos de mayor penetración alcanzaban si acaso, en medio de grandes penas, tirajes que oscilaban entre los 150 y los mil ejemplares diarios, no más. Y en los días que corren las cosas no son mejores que entonces.

La aparición de periódicos con tirajes de treinta mil ejemplares diarios o más fue una conquista de finales de esa centuria. Hacia los años ochocientos ochenta y con la aparición de los reporteros, los diarios informativos como El Noticioso y El Imparcial, de a centavo por ejemplar, dieron pie a los crecientes públicos lectores de periódicos. De papeles en los que no pocos de los más desventurados se veían reflejados por vez primera, o al menos eso se pensó y se dijo.

Una revisión de los medios que hoy se leen permite concluir que, pese a la libertad de que hoy se goza y se ejerce, las publicaciones actuales, triste es decirlo, no son de mejor factura que las que se leían y producían treinta años atrás, en medio de las grandes presiones y la autocensura.

Algo falta

Y ese algo no es sino historias que contar. Y no es que hoy no haya hombres que muerdan a los perros, sino que enfrentamos una realidad compleja, fragmentada y desconcertante por más de un motivo, en la que desafortunadamente no se cala como sería de desear.

Problemas por seguir y contar; asuntos por resolver y narrar sobran. Lo que escasea son capitanes de prensa capaces de encabezar y crear los ejércitos de reporteros que urge desplegar por todos los frentes de la noticia y a todo lo ancho y a todo lo largo del territorio nacional.

Se peca hoy de superficial e improvisado. Del empleo creciente de tecleadores por mala paga que a cambio narran historias o siguen asuntos de poca monta. O de redactores que escriben a base de chistecillos y comentarios que no calan en lo que realmente hiera a la nación mexicana en lo realmente significativo.

Al inicio del siglo que se fue una demanda se hizo grito y desembocó en larga guerra entre hermanos: El pueblo de México tiene hambre y sed de justicia.

Larga fue la disputa y numerosos los motivos para cambiar. Muchas, si no es que todas las fallas de nuestra vida en común en el siglo que pasó fueron objeto de discusión, revisión e inten-

tos de corrección. Paralelamente, la vida cotidiana de todos se transformó merced a la incorporación a ella de los grandes ingenios tecnológicos de la hora –cine, radio, televisión– y, más recientemente, de los frutos de la revolución tecnotrónica difusora de los ordenadores y la acelerada digitalización en todos los ámbitos de la vida diaria.

A lo largo de todo este tiempo se buscó erigir un sólido edificio para la seguridad social y no pocas de las medidas emprendidas tendieron a llevar bienestar a la mayoría. Lamentablemente, a la vuelta de poco más de cien años el pueblo de México de nuevo tiene hambre y sed de justicia, pero ahora nuestros recursos son menos y más escasos, al tiempo en que nuestros problemas se han multiplicado y diversificado.

No sólo somos más pobres hoy, sino que de regreso en nuestro entorno están presentes otra vez malestares tan diversos como riesgosos y numerosas plagas que se las pensaba superadas, mientras nuevos y muy complejos asuntos nos asedian de la mano de una violencia que paraliza y nunca antes vista por décadas.

Por si lo anterior no bastara, están de vuelta y con mayor virulencia, el extranjerismo, la creciente concentración de la riqueza en pocas manos y las discriminaciones de todo tipo. Cada día que pasa somos menos soberanos en nuestra propia tierra y cada vez resultan más hirientes las desigualdades en nuestro horizonte como numerosos son los contingentes de nacionales que, en busca de un destino mejor, emigran allende nuestras fronteras aunque todo esto sea más imaginario que real.

Vivimos la era de las tragedias. Ninguno de nuestros problemas es de poca monta. Numerosos y conflictivos asuntos nos cierran el paso como pueblo, y estamos divididos como desde hacía ya largo tiempo que no lo estábamos y nos urge tomar medidas lo suficientemente inteligentes e imaginativas como para no retomar la senda de la violencia.

Y en medio de un entorno como éste, urge erigir un nuevo edificio para dar cauce y sentido a la comunicación que México requiere.

#### Gran dilema

Así que lo primero en que debemos pensar es en dar con los hombres que lo harán posible. En el ejército de redactores que, merced a la comunicación, deberán dar forma a una nueva sensación de vida. Los reporteros por formar deberán desbordar las márgenes de las redacciones y convertirse en los nuevos notarios del acontecer nacional para promover los cambios que realmente apremian.

Sin redactores que se lancen a reconocer la nueva, hiriente realidad que enfrentamos; sin gente que nos dé cuenta puntual de qué se necesita y de cómo alcanzarlo, sin el diagnóstico de qué arremete en nuestra contra y de las maneras de vencerlo, estaremos en franca desventaja.

Necesitamos volver al reportaje que hinca en lo profundo de nuestros males y requerimos de reporteros dispuestos a recorrer y redescubrir nuestras carencias y logros. Y debemos hacerlo ya y a contrapelo de la tendencia en los medios a no volver la vista a lo que realmente debe ser visto, estudiado y enfrentado y remirado con determinación, ingenio y deseos de promover las transformaciones que resulten inaplazables.

Abundan en la hora actual, al menos en teoría, los centros de estudios para formar a esos reporteros que deberán andar los caminos y los suelos nacionales para ver, debatir, y modificar el rumbo de la nación.

Se sabe que son más de doscientas y funcionan a sabiendas de que a manera de embudo, las salidas profesionales son pocas y contados los medios para asimilar al caudal de egresados que dan forma a la oferta actual y futura de profesionales egresados de nuestras escuelas de comunicación.

Y sobre todo, concientes de que en la hora que corre empieza a señalarse la tendencia a privilegiar los medios digitales en detrimento de la prensa que hemos animado y conocido hasta hoy.

La tecnología de punta prevé y privilegia la proliferación de periódicos sin papel y esta tendencia refuerza a la vez la urgencia de preservar los recursos forestales del orbe. Es paradigmática la afirmación de que cada edición dominical del New York Times representa la extinción de un bosque de Finlandia. De ahí que se diga y repita que de seguir por la senda recorrida hasta hoy más pronto que tarde ante todo tendremos que optar por cuidar y preservar los bosques que a fin de cuentas son aire sin la que la vida nada es.

Y entonces igualmente deberemos tener presente e insistir en que sin prensa la libertad será tan precaria como absurdo resulta ya pensar en que los bosques sin árboles serían el futuro deseable.

Parecería que el horizonte se nos torna estrecho pero estamos en posibilidades de ensancharlo. Lo que siempre será posible cuando entre nuestros recursos por preservar figuren los nuevos reporteros que nuestra actual y compleja realidad reclama. 🐱